LEIGH BARDUGO

PRIMER CAPÍTULO

Editorial Hidra

CAPÍTULO 1

Llevaba dos semanas en Cofton y seguía perdiéndome. La ciudad estaba en el interior, al oeste de la costa de Novyi Zem, a kilómetros de distancia del puerto en el que desembarcamos. Pronto nos alejaríamos más, a las regiones agrestes de la frontera de Zemeni. Tal vez entonces comenzaríamos a sentirnos a salvo.

Comprobé el pequeño mapa que me había dibujado y rehíce mis pasos. Mal y yo quedábamos cada día después del trabajo para volver juntos a la pensión, pero ese día me había perdido completamente al desviarme para comprar la cena. Los pasteles de ternera y berzas estaban metidos en mi morral, despidiendo un olor muy peculiar. El tendero había asegurado que eran una exquisitez

de Zemeni, pero yo tenía mis dudas. Tampoco importaba demasiado. Últimamente, todo me sabía a ceniza.

Mal y yo habíamos ido a Cofton a buscar un trabajo que nos financiara el viaje al oeste. Cofton, el centro del comercio *jurda*, estaba rodeado de campos de unas florecillas anaranjadas que la gente mascaba a puñados. Eran estimulantes, y se consideraban todo un lujo en Ravka, pero algunos de los marineros a bordo del *Verrhader* las habían empleado para permanecer despiertos durante las guardias largas. A los hombres zemeni les gustaba meterse las flores secas entre los labios y las encías, e incluso las mujeres las llevaban en las bolsitas bordadas que colgaban de sus muñecas. En cada escaparate por el que pasaba se anunciaban distintas variedades: Hojas brillantes, Sombra, Dhoka, Fuertes. Vi a una chica vestida con unas preciosas enaguas que se inclinaba y escupía un chorro de jugo de color óxido en una de las escupideras de latón que había en el exterior de cada tienda. Reprimí las náuseas: esa era una costumbre zemeni a la que no creía que pudiera acostumbrarme.

Con un suspiro de alivio, llegué hasta la calle principal de la ciudad. Al menos ya sabía dónde me encontraba. Cofton todavía no me parecía real. Daba la sensación de ser algo crudo, sin terminar. La mayoría de las calles no estaban pavimentadas, y siempre me parecía que los edificios de tejados planos, con sus delgadas paredes de

madera, se desmoronarían en cualquier momento. Y aun así, todos tenían ventanas de cristal. Las mujeres se vestían de terciopelo y encaje. Las tiendas estaban inundadas de dulces, chucherías y toda clase de ropas elegantes en lugar de rifles, cuchillos y ollas de latón. Allí, hasta los mendigos llevaban zapatos. Ese era el aspecto de un país que no estaba asediado.

Mientras pasaba junto a una tienda de ginebra, vi un destello de color carmesí por el rabillo del ojo. *Corporalki*. Retrocedí al instante y me escondí en el espacio en sombras que había entre dos edificios, con el corazón latiéndome con fuerza y colocando la mano sobre la pistola que llevaba en la cadera.

Primero la daga, me recordé, haciendo que se deslizara desde debajo de mi manga. *Procura no llamar la atención. La pistola solo si es necesario. El poder como último recurso*. Eché de menos los guantes fabricados por los Hacedores que había dejado atrás en Ravka, y no era la primera vez. Estaban llenos de espejitos que me proporcionaban una manera sencilla de cegar a mis oponentes en un combate cuerpo a cuerpo… y una buena alternativa a partir a alguien por la mitad con el Corte. Pero si había visto a un Corporalnik Mortificador, tal vez no tuviera elección. Eran los soldados favoritos del Oscuro, y podían pararme el corazón o aplastarme los pulmones sin necesidad de golpearme siquiera.

Esperé con la mano en el mango de la daga, y finalmente me atreví a echar un vistazo al otro lado de la pared. Vi un carro con una montaña de barriles. El conductor se había detenido para hablar con una mujer cuya hija bailoteaba con impaciencia junto a ella, revoloteando y dando piruetas con su vestido de un rojo oscuro.

Tan solo era una niña. No había ningún Corporalnik a la vista. Volví a recostarme sobre la pared y respiré hondo, tratando de calmarme.

No va a ser siempre así, me dije. *Cuanto más tiempo pases libre, más fácil será.*

Algún día despertaría sin haber tenido pesadillas, caminaría por la calle sin miedo. Hasta entonces, mantendría cerca mi endeble daga, anhelando el peso firme del acero Grisha en mi mano.

Volví a la calle abarrotada y me ajusté la bufanda que llevaba al cuello, apretándola más. Se había convertido en un hábito nervioso. Bajo la bufanda se encontraba el collar de Morozova, el amplificador más poderoso jamás creado, así como la única forma de identificarme. Sin él, no era más que otra refugiada ravkana, sucia y desnutrida.

No estaba segura de lo que haría cuando cambiara el tiempo. No podría caminar por ahí con bufanda y abrigos de cuello alto cuando llegara el verano. Pero, para entonces, con suerte Mal y yo estaríamos lejos de las ciudades abarrotadas y las preguntas indiscretas. Estaríamos solos

por primera vez desde que huimos de Ravka. El pensamiento hizo que me recorriera un temblor nervioso.

Crucé la calle, esquivando carretas y caballos, todavía examinando la multitud con la seguridad de que en cualquier momento vería una tropa de Grisha u *oprichniki* viniendo a por mí. O tal vez serían mercenarios Shu Han, o asesinos fjerdanos, o los soldados del Rey de Ravka, o incluso el mismísimo Oscuro. Había demasiada gente que podía estar persiguiéndonos. *Persiguiéndome*, me corregí. De no ser por mí, Mal todavía sería un rastreador en el Primer Ejército, y no un desertor que huía para seguir con vida.

Un recuerdo indeseado apareció en mi mente: pelo negro, ojos de color pizarra, el rostro del Oscuro exultante por la victoria mientras desataba el poder de la Sombra. Antes de que yo le hubiera arrebatado esa victoria.

Era fácil enterarse de noticias en Novyi Zem, pero ninguna era buena. Había rumores de que el Oscuro había sobrevivido a la batalla en la Sombra de algún modo, de que se había recluido para reunir fuerzas antes de intentar hacerse de nuevo con el trono de Ravka. Habría preferido creer que era del todo imposible, pero lo conocía lo suficiente como para no subestimarlo. Las otras historias resultaban igual de inquietantes: que la Sombra había comenzado inundar las costas, llevando a los refugiados al este y al oeste; que había surgido un culto alrededor de

una Santa que podía invocar el sol. No quería pensar en ello. Mal y yo teníamos una nueva vida ahora. Habíamos dejado atrás Ravka.

Me apresuré, y no tardé en llegar a la plaza donde Mal y yo nos encontrábamos cada tarde. Lo distinguí recostado contra el borde de una fuente, hablando con un amigo zemeni que había conocido trabajando en el almacén. No recordaba su nombre… ¿Jep, tal vez? ¿Jef?

Alimentada por cuatro enormes grifos, la fuente era más útil que decorativa; una gran pila donde las chicas y las sirvientas acudían a lavar la ropa. Sin embargo, ninguna de las lavanderas estaba prestando demasiada atención a la colada. Todas miraban a Mal, boquiabiertas. Era difícil no hacerlo. El pelo le había crecido desde su corte militar, y comenzaba a rizársele en la nuca. La fuente le había rociado la camiseta, dejándosela húmeda y adherida a la piel bronceada por los largos días en el mar. Echó la cabeza hacia atrás, riéndose por algo que había dicho su amigo, aparentemente inconscientes de las sonrisas furtivas que le lanzaban.

Probablemente está tan acostumbrado que ya ni se da cuenta, pensé con irritación.

Cuando me vio, sonrió y me saludó con la mano. Las lavanderas se giraron para ver a quién saludaba e intercambiaron miradas de incredulidad. Sabía lo que veían: una chica flacucha con pelo ralo de un soso color

castaño, las mejillas cetrinas y los dedos teñidos de naranja por empaquetar *jurda*. Nunca había sido gran cosa, y las semanas que llevaba sin utilizar mi poder me habían pasado factura. No comía ni dormía bien, y las pesadillas no ayudaban. Las caras de todas las mujeres decían lo mismo: ¿qué hacía un chico como Mal con una chica como yo?

Enderecé la espalda y traté de ignorarlas mientras Mal me rodeaba con un brazo para acercarme a él.

—¿Dónde estabas? —preguntó—. Comenzaba a preocuparme.

—Una banda de osos furiosos me tendieron una emboscada —murmuré junto a su hombro.

—¿Te has vuelto a perder?

—No sé de dónde sacas esas ideas.

—Recuerdas a Jes, ¿verdad? —preguntó, asintiendo en dirección a su amigo.

—¿Cómo va? —preguntó con su ravkano chapurreado mientras me ofrecía la mano. Su expresión era exageradamente seria.

—Muy bien, gracias —respondí en zemeni. Él no me devolvió la sonrisa, pero me palmeó la mano suavemente. Desde luego, Jes era un rarito.

Hablamos un poco más, pero sabía que Mal notaba que comenzaba a ponerme nerviosa. No me gustaba estar en público durante tanto tiempo. Nos despedimos y, antes

de marcharse, Jes me lanzó otra seria mirada y se inclinó para susurrarle algo a Mal.

—¿Qué ha dicho? —pregunté mientras lo observábamos alejarse por la plaza.

—¿Eh? Ah, nada. ¿Sabías que tienes polen en las cejas? —Estiró la mano para quitármelo con suavidad.

—A lo mejor es que me gustan así.

—Perdone usted.

Mientras nos alejábamos de la fuente, una de las lavanderas se inclinó hacia delante, prácticamente saliéndose de su vestido.

—Si te cansas de piel y huesos —dijo en dirección a Mal—, tengo algo que podría gustarte.

Me puse rígida, y Mal echó un vistazo por encima del hombro. La miró de arriba abajo lentamente.

—No —dijo con rotundidad—. No tienes nada.

El rostro de la chica se tiñó de un feo color rojo mientras las otras se burlaban y se reían a carcajadas, echándole agua. Intenté poner una expresión de arrogancia, pero era difícil reprimir la sonrisa bobalicona que tiraba de las comisuras de mi boca.

—Gracias —murmuré mientras cruzábamos la plaza en dirección a la pensión.

—¿Por qué?

Puse los ojos en blanco.

—Por defender mi honor, tonto.

Él me arrastró bajo la sombra de un toldo. Tuve un momento de pánico al pensar que había avistado problemas, pero entonces me rodeó con los brazos y presionó sus labios contra los míos.

Cuando finalmente se apartó, notaba mis mejillas cálidas y mis piernas temblorosas.

—Solo para que quede claro —dijo—, no tengo interés alguno en defender tu honor.

—Comprendido —logré decir, esperando no parecer ridícula por mi falta de aliento.

—Además —añadió—, tengo que robar cada minuto que pueda antes de que volvamos al Hoyo.

El Hoyo era como Mal llamaba a nuestra pensión. Estaba abarrotada y sucia, y no nos permitía privacidad alguna, pero era barata. Sonrió con la arrogancia de siempre y me arrastró de nuevo hasta la multitud de la calle. A pesar de mi agotamiento, mis pasos eran decididamente más ligeros. Todavía no me había hecho a la idea de que estuviéramos juntos. Volví a temblar. En la frontera no habría pensionistas curiosos ni interrupciones inoportunas. Se me aceleró el pulso, pero no estaba segura de si se debía a los nervios o a la emoción.

—Entonces, ¿qué ha dicho Jes? —volví a preguntar cuando tuve el cerebro menos embotado.

—Dijo que debería cuidar bien de ti.

—¿Eso es todo?

Mal se aclaró la garganta.

—Y… dijo que rezaría al Dios del Trabajo para que curara tu aflicción.

—¿Mi qué?

—Tal vez le haya dicho que tienes bocio.

Tropecé.

—¿Disculpa?

—Bueno, era difícil explicar por qué te aferras siempre a esa bufanda.

Solté la mano. Había estado haciéndolo de nuevo sin darme cuenta siquiera.

—¿Así que le dijiste que tenía bocio? —susurré con incredulidad.

—Tenía que decir algo. Y te convierte en una figura trágica. Ya sabes, una chica guapa, una gran hinchazón…

Le golpeé en el brazo con fuerza.

—¡Au! Oye, que en algunos países, el bocio está muy de moda.

—¿También les gustan los eunucos? Porque puedo encargarme de eso.

—¡Estás sedienta de sangre!

—El bocio me pone de mal humor.

Mal se rio, pero me di cuenta de que su mano seguía sobre la pistola. El Hoyo se encontraba en una de las partes más peligrosas de Cofton, y llevábamos encima muchas monedas, los salarios que habíamos ahorrado para

comenzar nuestra nueva vida. Unos cuantos días más y tendríamos suficiente como para dejar atrás la ciudad: el ruido, el aire lleno de polen, el miedo constante. Estaríamos a salvo en un lugar donde a nadie le importara lo que sucediera en Ravka, donde los Grisha fueran escasos y nadie hubiera oído jamás de la Invocadora del Sol.

Y donde nadie la necesite. El pensamiento estropeó mi buen humor, pero últimamente cada vez acudía a mí más a menudo. ¿Para qué valía yo en este país extraño? Mal podía cazar, rastrear, manejar una pistola. Lo único que se me había dado bien a mí era ser Grisha. Echaba de menos invocar la luz, y cada día que no utilizaba mi poder me ponía más débil y enferma. Tan solo caminar junto a Mal me dejaba sin aire, y tenía que luchar contra el peso de mi morral. Era tan frágil y patosa que apenas había logrado conservar mi trabajo de empaquetar *jurda*. No ganaba más que unos céntimos, pero había insistido en trabajar, en tratar de ayudar. Me sentía como cuando éramos niños: el competente Mal y la inútil Alina.

Aparté ese pensamiento. Puede que ya no fuera la Invocadora del Sol, pero tampoco era esa niña triste y pequeña. Encontraría la forma de ser útil.

Ver nuestra pensión no me levantaba el ánimo precisamente. Tenía dos pisos de altura, y necesitaba urgentemente una capa nueva de pintura. El cartel de la ventana anunciaba baños calientes y camas sin garrapatas en cinco

idiomas diferentes. Tras haber probado la bañera y la cama, sabía que el cartel mentía sin importar cómo lo tradujeras. Sin embargo, con Mal junto a mí no parecía tan malo.

Subimos los escalones del porche hundido y entramos en la taberna que ocupaba la mayor parte del piso inferior. Parecía fría y silenciosa después del clamor polvoriento de la calle. A esa hora normalmente había unos cuantos trabajadores bebiéndose el salario de la jornada en aquellas mesas carcomidas, pero aquel día se encontraba vacía, a excepción del hosco propietario detrás de la barra.

Era un inmigrante kerch, y daba la impresión de que no le gustaban los ravkanos. O tal vez solo pensaba que éramos ladrones. Habíamos aparecido dos semanas antes, harapientos y sucios, sin equipaje alguno ni nada para pagar nuestro alojamiento a excepción de un broche de oro que probablemente pensara que habíamos robado. Pero eso no le impidió cogerlo para intercambiarlo por una cama estrecha en una habitación que compartíamos con otros seis huéspedes.

Cuando nos aproximamos a la barra, puso la llave de la habitación sobre ella y la empujó hacia nosotros sin que se lo pidiéramos. Estaba atada a un trozo tallado de hueso de pollo. Otro detalle encantador.

Con el kerch rudimentario que había aprendido a bordo del Verrhader, Mal solicitó un jarro de agua caliente para lavarnos.

—Extra —gruñó el dueño. Era un hombre fornido de pelo escaso, con los dientes teñidos de naranja típicos de aquellos que mascaban *jurda*. Me di cuenta de que estaba sudando. Aunque no era un día particularmente cálido, tenía unas gotas de sudor sobre el labio superior.

Le eché un vistazo mientras nos dirigíamos a la escalera al otro lado de la taberna desierta. Seguía observándonos, con los brazos cruzados encima del pecho, estrechando sus pequeños y brillantes ojos. Había algo en su expresión que me ponía de los nervios.

Dudé al pie de la escalera.

—A ese tío no le gustamos nada.

Mal ya estaba subiendo.

—No, pero nuestro dinero sí que le gusta. Y en unos días habremos salido de aquí.

Me sacudí mi nerviosismo de encima. Había estado inquieta toda la tarde.

—Vale —refunfuñé mientras seguía a Mal—. Pero, para estar preparada, ¿cómo se dice «eres gilipollas» en kerch?

—*Jer ven azel*.

—¿En serio?

Mal se rio.

—Lo primero que te enseñan los marineros son palabrotas.

El segundo piso de la pensión se encontraba en un estado considerablemente peor que el local de abajo. La

alfombra estaba desteñida y andrajosa, y el sombrío pasillo apestaba a col y a tabaco. Las puertas de las habitaciones privadas estaban todas cerradas, y ningún sonido salía de ellas cuando pasamos. El silencio resultaba inquietante. Tal vez todos habían salido durante el día.

La única luz provenía de una ventana mugrienta al final del pasillo.

Mientras Mal forcejeaba con la llave, miré abajo a través del cristal manchado a los carros y carruajes que pasaban retumbando. Al otro lado de la calle había un hombre de pie bajo un balcón, observando la pensión. Se tiraba del cuello y las mangas, como si su ropa fuera nueva y no le quedara del todo bien. Sus ojos se encontraron con los míos a través de la ventana y los retiró rápidamente.

Sentí una súbita punzada de pánico.

—Mal —susurré, acercándome a él.

Pero era demasiado tarde. La puerta se abrió de golpe.

—¡No! —grité. Alcé los brazos y la luz explotó a través del pasillo en una cascada cegadora. Después, unas manos ásperas me sujetaron y colocaron mis brazos detrás de mi espalda. Me arrastraron al interior de la habitación mientras yo lanzaba patadas y golpes.

—Calma —dijo una voz fría desde algún lugar en la esquina—. Odiaría tener que destripar a tu amigo tan pronto.

El tiempo pareció ralentizarse. Vi la estropeada habitación de techo bajo, la palangana rajada que se encontraba sobre la mesa maltrecha, las motas de polvo que revoloteaban en un delgado rayo de sol, el borde brillante del cuchillo contra la garganta de Mal. La mueca del hombre que lo sujetaba me resultaba familiar. *Iván*. Había otros, hombres y mujeres. Todos llevaban los abrigos ajustados y los bombachos de los mercaderes y trabajadores zemeni, pero reconocí algunas de sus caras de mi tiempo en el Segundo Ejército. Eran Grisha.

Tras ellos, oculto entre las sombras, apoltronado en una silla desvencijada como si se tratara de un trono, estaba el Oscuro.

Por un momento, todo en la habitación se quedó en silencio e inmóvil. Podía oír la respiración de Mal, el susurro de los pies. Oí a un hombre que saludaba abajo, en la calle. No podía dejar de mirar las manos del Oscuro; con sus largos dedos blancos reposando con indiferencia sobre los brazos de la silla. Tuve la estúpida idea de que nunca lo había visto antes con ropa normal.

Entonces la realidad me golpeó. ¿Así era como iba a terminar? ¿Sin una pelea? ¿Sin siquiera un disparo o un grito? Un gemido de pura rabia y frustración se me escapó del pecho.

—Coged su pistola y buscad si tiene otras armas —dijo el Oscuro con suavidad. Sentí que me quitaban

de la cadera el reconfortante peso de mi arma de fuego, y que me sacaban la daga de la vaina que llevaba en la muñeca—. Voy a decirles que te suelten —añadió cuando terminaron—; pero sé consciente de que si levantas las manos siquiera, Iván acabará con el rastreador. ¿Lo comprendes?

Asentí con rigidez.

Él alzó un dedo y los hombres que me sujetaban me soltaron. Tropecé y me quedé inmóvil en el centro de la habitación, con las manos apretadas en puños.

Podía cortar en dos al Oscuro con mi poder. Podía rajar ese edificio dejado de la mano de los Santos justo por la mitad. Pero no antes de que Iván le cortara el cuello a Mal.

—¿Cómo nos has encontrado? —pregunté con voz ronca.

—Dejas un rastro muy caro —respondió, y lanzó algo a la mesa perezosamente. Aterrizó con un tintineo junto a la palangana, y reconocí uno de los broches de oro que Genya me había puesto en el pelo hacía tantas semanas. Los habíamos utilizado para pagar el pasaje a través del Mar Auténtico, la carreta hasta Cofton, y nuestra cama miserable y no precisamente libre de garrapatas.

El Oscuro se puso en pie y una extraña inquietud recorrió la habitación. Era como si todos los Grisha estuvieran conteniendo el aliento, expectantes. Podía sentir el

miedo que emanaba de ellos y que enviaba una señal de alarma hacia mí. Los subordinados del Oscuro siempre lo habían tratado con temor y respeto, pero aquello era algo nuevo. Hasta Iván parecía un poco alterado.

El Oscuro salió a la luz, y pude ver el débil rastro de las cicatrices sobre su cara. Habían sido sanadas por un Corporalnik, pero seguían siendo visibles. Así que los volcra habían dejado su marca. *Bien*, pensé con algo de satisfacción. Era un consuelo pequeño, pero al menos ya no era tan perfecto como antes.

Hizo una pausa, examinándome.

—¿Qué tal la vida de fugitiva, Alina? No tienes buen aspecto.

—Tú tampoco —repliqué. No era solo por las cicatrices. Llevaba su agotamiento como si se tratara de una capa elegante, pero este seguía ahí. Había unas débiles sombras bajo sus ojos, y los huecos de sus afilados pómulos eran un poco más profundos.

—Un precio pequeño que pagar —dijo, torciendo los labios en una media sonrisa.

Un escalofrío me recorrió la espalda. *¿A cambio de qué?*

Extendió la mano y me costó todo lo que tenía no retroceder. Pero lo único que hizo fue tomar uno de los extremos de mi bufanda. Tiró de ella con suavidad y la áspera lana quedó libre, deslizándose por mi cuello y revoloteando hasta el suelo.

—Ya veo que vuelves a fingir ser menos de lo que eres. No deberías.

Noté una punzada de incomodidad. ¿Acaso no había pensado yo algo parecido tan solo unos minutos antes?

—Gracias por tu preocupación —murmuré.

Sus dedos recorrieron el collar.

—Es tan mío como tuyo, Alina.

Le aparté los dedos de un manotazo, y un susurro nervioso surgió de entre los Grisha.

—Entonces no deberías habérmelo puesto al cuello —solté—. ¿Qué quieres?

Por supuesto, ya lo sabía. Lo quería todo: Ravka, el mundo, el poder de la Sombra. Su respuesta no importaba. Tan solo necesitaba que siguiera hablando. Sabía que ese momento podía llegar, y me había preparado para ello. No iba a dejar que me volviera a capturar. Eché un vistazo en dirección a Mal, esperando que entendiera lo que me proponía.

—Quiero darte las gracias —declaró el Oscuro.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Darme las gracias?

—Por el don que me has otorgado.

Mis ojos fueron rápidamente a las cicatrices de su pálida mejilla.

—No —dijo con una pequeña sonrisa—, no por eso. Aunque son un buen recordatorio.

—¿De qué? —pregunté, curiosa a pesar de todo.

Su mirada era de roca gris.

—De que todos los hombres pueden quedar en ridículo. No, Alina, el don que me has otorgado es mucho mayor.

Se giró y yo le lancé otra mirada a Mal.

—A diferencia de ti —continuó—, yo comprendo la gratitud, y me gustaría expresarla.

Alzó las manos y la oscuridad cayó sobre la habitación.

—¡Ahora! —grité.

Mal clavó el codo en el costado de Iván. Al mismo tiempo, levanté las manos y la luz apareció, resplandeciente, cegando a los hombres a nuestro alrededor. Concentré mi poder, formando una guadaña de pura luz. Solo tenía un objetivo. No iba a dejar al Oscuro en pie. Escudriñé la vibrante negrura, tratando de encontrar mi objetivo. Pero algo iba mal.

Había visto al Oscuro utilizar su poder incontables veces antes. Aquello era diferente. Las sombras se arremolinaban alrededor del círculo de mi luz, girando cada vez más rápido, una nube que se retorcía con chasquidos y zumbidos, como si se tratara de un enjambre de insectos hambrientos. Las empujé con mi poder, pero se retorcieron y se acercaron aún más.

Mal se encontraba junto a mí. De algún modo, había conseguido el cuchillo de Iván.

—Permanece cerca —dije. Mejor aprovechar la oportunidad y abrir un agujero en el suelo que quedarme ahí plantada sin hacer nada. Me concentré y sentí el poder del Corte vibrar en mi interior. Alcé el brazo… y algo salió de la oscuridad.

Es un truco, pensé mientras la cosa se acercaba a nosotros. *Tiene que ser algún tipo de ilusión*.

Era una criatura formada de sombras, con el rostro inexpresivo y desprovisto de facciones. Su cuerpo temblaba y se emborronaba, y después volvía a formarse: brazos, piernas, largas manos que terminaban en algo vagamente parecido a unas garras, una ancha espalda con alas que se agitaban fluctuantes mientras se desplegaban como una mancha negra. Casi parecía un volcra, pero la forma era más humana. Y no temía a la luz. No me temía a mí.

Es un truco, insistió mi mente aterrorizada. *No es posible*. Era una violación de todo lo que sabía sobre el poder de los Grisha. No podíamos crear materia. No podíamos crear vida. Pero la criatura iba hacia nosotros, y los Grisha del Oscuro se encogían contra las paredes con un terror muy real. Eso era lo que tanto los asustaba.

Me tragué mi terror para concentrarme de nuevo en mi poder. Balanceé el brazo y lo hice caer en un arco brillante e implacable. La luz atravesó a la criatura. Por un momento pensé que seguiría avanzando, pero entonces

titubeó, brillando como una nube iluminada por un rayo, y se desvaneció en la nada. Tuve tiempo para un mínimo arrebato de alivio antes de que el Oscuro levantara la mano y otro monstruo ocupara su lugar, seguido por otro, y otro más.

—Este es el don que me has otorgado —explicó el Oscuro—. El don que conseguí en la Sombra.

Su rostro cobró nueva vida por el poder y alguna clase de terrible alegría. Pero también podía ver su esfuerzo. Lo que quiera que estuviera haciendo se estaba cobrando su precio.

Mal y yo retrocedimos en dirección a la puerta mientras las criaturas nos acechaban más de cerca. De pronto, una de ellas se lanzó hacia delante con extraordinaria velocidad. Mal atacó con su cuchillo. La cosa titubeó un momento, y después lo agarró y lo lanzó a un lado como si se tratara de un muñeco. Aquello no era ninguna ilusión.

—¡Mal! —chillé.

Lancé el Corte y la criatura se consumió en la nada, pero el siguiente monstruo saltó sobre mí en cuestión de segundos. Me agarró y la repulsión hizo que me estremeciera. Su contacto era como un millar de insectos que reptaran y se arremolinaran por mis brazos.

Me levantó de los pies, y vi lo muy equivocada que había estado. Sí que tenía una boca, un agujero ancho y retorcido que se extendió para mostrar una fila tras otra

de dientes. Los sentí todos cuando me los clavó profundamente en el hombro.

El dolor no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Reverberó dentro de mí, multiplicándose sobre sí mismo, abriéndome en dos y rasgándome los huesos. Desde la distancia, oí a Mal gritar mi nombre. Me oí a mí misma gritar.

La criatura me soltó y yo caí al suelo. Estaba boca arriba, y el dolor seguía reverberando en mi interior en oleadas infinitas. Podía ver el techo con manchas de humedad, la criatura de sombras acechando arriba, la cara pálida de Mal mientras se arrodillaba junto a mí. Sus labios formaron mi nombre, pero no podía oírlo. Ya me estaba desvaneciendo.

Lo último que oí fue la voz del Oscuro, tan clara como si estuviera tumbado junto a mí, con los labios en mi oído, susurrando para que solo yo pudiera oírlo: *Gracias*.